

# Ilustración

## PONCIANO CÁRDENAS

(Muralista y escultor contemporáneo; nació en Cochabamba, Bolivia)

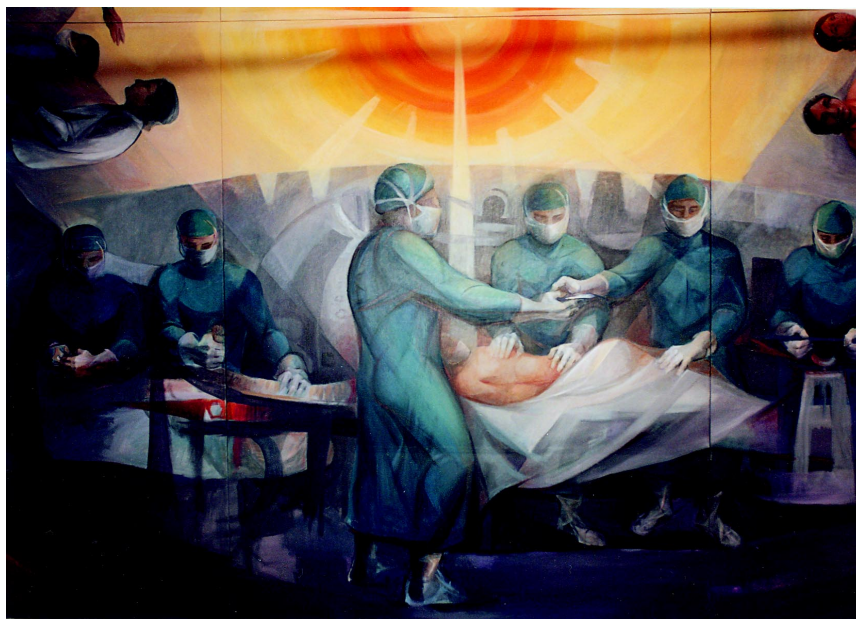
Fotografía: Aldo Vivaldi, José Miguel Puzio

“Curadores”, mural de Ponciano Cárdenas, muestra la evolución del arte médico desde la primaria y empírica medicina sacerdotal hasta los aspectos actuales. En su centro, un sol enceguecedor, profundo, hiriente, irradia la energía vital, la que permitió ser al hombre y la planta. Como un dios vigente, se yergue con la prepotencia y el señorío de su eternidad para conciencias circunstanciales y efímeras, adoradoras de su fuego. Alrededor del hacedor de luz, chamanes y médicos en tiempos distantes se hallan embebidos de la abnegación por el acto de curar. En cada una de las épocas representadas se avizora el mismo trance, servir al prójimo desafectando al fruto del acto. Entre estos exploradores del cuerpo y el astro, figuras difuminadas y fantasmales danzan en un rito en que la muerte y la vida se juntan en el misterio intangible de siempre. En un ángulo de la obra se puede leer “dedicado a Doña Casta”, la madre del artista, curadora en Cochabamba, representada en el mural con su túnica blanca. En sus tempranos años, Ponciano solía concurrir a una laguna donde recolectaba hierbas y cieno para que Doña Casta procurase aliviar enfermedades en la vecindad, en un acto volitivo tan cerca de la bondad como alejado de lo que es hoy la técnica en medicina.

## MEDICINA SACERDOTAL

Sabemos de la frialdad del positivismo. Su ciega negación al azar y las predicciones del espíritu, como si el hombre fuese ya pura concepción mecánica, desprovisto de sueños e inconsciencias, sujeto a números, determinaciones y rígidas reglas de cálculo. A mediciones que arrastran al verdadero sentido del ser sin contabilizar los miedos, los anhelos, las esperanzas, exonerándolo de las vivencias que provienen de la profundidad de su sustancia, tan inexplicable y azarosa que se intrinca en el mismo misterio.

Todo este contexto, hoy extraviado, se hallaba presente de manera indeleble en el arte de curar desde el primigenio sacerdote, chamán, curador, milagrero. Despectivamente para los tiempos actuales esos taumaturgos no fueron médicos, sino que se denominaron hechiceros. Se desconoció que fueron hombres con las mismas ansias de aliviar el daño al prójimo, con armas y razonamientos diferentes, sin tecnolo-



“Curadores”

“Detalle” del mural de 25 m<sup>2</sup> ubicado en la cúpula del Hall Central del Hospital Presidente Perón, Avellaneda, Pcia. de Bs. As.

gías, pero escudados con idénticas convicciones de tratar el cuerpo hasta el límite de la sabiduría y de aliviar el espíritu siempre. En su predicción se abalanzaban a los dioses porque ése era el mundo que se esbozaba correspondiente a la necesidad imperiosa nacida en un tiempo pretécnico. Sin medios de precisión, contaban sólo con la logística de lo empírico y de lo sensible. De la compasión y de la solidaridad. Exentos de toda ayuda que no fueran los brebajes, hechizos, inciensos, transformados en precarios remedios, pero plenos en apoyar la vía curativa de la naturaleza y apuntar la fuerza anímica del hombre, sostenida más allá de la carne enferma. Avizoraron en el alma un camino cierto de alivio, aprovechando esa potestad misteriosa del cuerpo de emplear sus propios mecanismos para obtener la cura. Lo que muchas veces aún no puede la fría tecnocracia, esos hechiceros de dioses invocados tenían en sus alquimias y sahumeros la “plusvalía del alma” para llegar a calmar la mortificación del dolor.

Que la tecnología médica haya afinado los diagnósticos y traído alivio a los padecimientos no justifica que el hombre sea considerado semejante a una mercancía basada en búsqueda desenfundada de otra “plusvalía”, la de la riqueza. Que se invadan las publicaciones médicas con un exaltado positivismo, en donde el doliente extravía su esencia y el



"Curadores"  
"Detalle"

único blanco sea el cuerpo, deja a la materia orgánica evadida del sentimiento, las angustias, las ansiedades. La flecha que da en el órgano entonces se transforma en un compendio de abstracciones matemáticas imbuidas de una lógica destronada por el derrotero de la incompletitud y la incerteza que habitan dentro de cada ser.

Excretado el espíritu —la esencia del ser— habría que entender al hombre como un acto puro de la mecánica. Geométrico. En el positivismo actual, en la evidencia desacralizada, queda sujeto a un determinismo atroz que le niega el romanticismo de las emociones, de lo sensitivo. Fríos engranajes esperan al hombre que nace, lejos de los dioses y de los médicos. Razones abstractas lo han convertido en un prototipo. Ya no le quedan ni arrosos ni belleza, sólo la causa lineal.

¿Cómo puede el médico evadirse de la conciencia y del entorno y abocarse a los órganos? ¿Cómo puede avanzar sobre la carne mórbida sin ampararse en la telaraña psíquica del paciente, hilacha de sufrimientos, disyuntivas, fracasos? El facultativo que olvida ese contexto extravía el arte y su oficio. ¿Dónde está el hombre si no se le halla en su espíritu? La medicina tiene su heroicidad en lo íntimo de la consulta. En esa pequeñez anónima y asombrosa de restituir al hombre a la dimensión de su propio ser.

Poco queda en medicina de la emoción de los sacerdotes, de los asclepiades de los antiguos griegos. Simplemente porque ellos avanzaban sobre lo inexplicable de la enfermedad. Entre la pura observación y el tendencioso positivismo, ese camino azaroso de revelar la inteligibilidad de la naturaleza parece haberse reclinado sobre la tecnología. Desde la ciencia pura imperante el arte se bate en retirada llevándose en sus alas los espíritus de los enfermos. El médico vocacional amparado en su consultorio, en el cual aún la tecnología es un accesorio y no el objeto, fenece rodeado de los actos de persuasión y alivio, ritos que quedaron exánimes por ser considerados obsoletos. Hoy todo es rápido como para escuchar al paciente o posar las manos en su cuerpo. Los logotipos de la industria suelen danzar delante de él.

¿En qué lugar de la consulta quedaron herrumbrados la esperanza y el afecto? ¿Y el mismísimo dolor acucillado en el consuelo? El paciente regresa con la soledad tal como ha-

bía llegado, desprovisto de que alguien entienda su biografía, el dolor íntimo, inexplicable, inconsolable, sujeto a las estadísticas que no contemplan sus características, sino la tendencia de un todo. A veces ni siquiera lo recibe el mismo sanador a quien confió la magia de su problema. Ante el beneplácito y encanto de la evidencia, el hombre enfermo pierde la individualidad, la entrega a los procedimientos y a la industria. Extraño raciocinio el de pensar que ganan todos y cada ser humano pierde. La industria ha aprovechado el positivismo de que una multitud de enfermos se hallen insertos en una misma ecuación terapéutica pero ha olvidado que si no se trata a cada enfermo entendiendo sus emociones y su cultura, estaríamos intentando sanar curvas y parábolas y no un paciente que ante el juicio médico tiene el riesgo de sobrellevar no sólo la enfermedad, sino además el azar de la metodología y de lo técnico. Por eso de los sentimientos. Por eso del valor del

hombre individual que observa desde el otro lado de la realidad que el médico cree ver.

La curiosidad del observador está en retirada. La integridad psico-física-social es dividida en especialidades desarticulando al hombre hasta la infinitud. Lo que se recreó como un progreso hoy ha roto el límite aceptable y el paciente es una materialidad de piezas sueltas. En ese desmonte hemos perdido el sentido del cuerpo y de la conciencia. La esencia malograda hace que tratemos segmentos orgánicos con la más pura invención tecnológica. Hemos interpretado al hombre con el sentido de una maquinaria proclive al cambio de sus piezas. Hemos omitido que la enfermedad es mucho más que órganos deteriorados. Que no basta sumar sus engranajes para constituir un ser, sino que con este criterio estamos expulsando al hombre de la materia que le dio origen.

Tampoco es limitado el daño de la tecnología cuando son excluidas de sus beneficios las clases más pobres y carenciadas. El médico no puede obviamente desdeñar la precisión diagnóstica, pero tampoco debe dejar de reflexionar en los recursos empleados, con la necesidad de que lleguen a todos, evitando ser un intermediario de tecnocracias y terapéuticas que impidan ver al paciente como un ente biológico e integral. *El buen médico no participa del mercado, sólo lo fiscaliza.* La precariedad de la existencia hace imprescindible que tome debida conciencia de que el costo de salud sea participe a todos y no meras desviaciones en que unos pocos sean atendidos en salud y los que portan enfermedades carezcan de sustento.

En última instancia, el único rasgo que ha permanecido indeleble en el comportamiento del antiguo chamán hasta el médico actual ha sido apelar al alivio del espíritu enfermo. Sus otras herramientas siempre mudaron periódicamente hasta ser declaradas inservibles, hayan sido creadas por el empirismo o por la técnica. La mejor forma para ser reconocido —como decía Albert Camus— es simple, "hay que decir quién se es".